HOMILÍA MISA CRISMAL – DIÓCESIS DE LA GUAIRA

31 de octubre de 2020

50 años de la diócesis – 50 años de la fundación de la casa de la madre Teresa en Catia La Mar – 50 y 25 años de profesión religiosa – 25 años de sacerdocio – Imposición de sotana a los nuevos seminaristas

Posibles Subtítulos:

Puede ser que las puertas de los templos estén cerradas, pero la Iglesia está abierta, operativa y presente en la vida y en los corazones de tanta gente.

Nuestra tarea es consolar a los afligidos por esta pandemia, cambiar el abatimiento por esperanza. Misioneros de la vida, de la fe y de la caridad.

Queridos hermanos y hermanas:

"Llegue a ustedes la gracia y la paz de parte de aquel que es, que era y que vendrá, y de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primero que resucitó de entre los muertos, el Rey de los reyes de la tierra" (Ap 1,4-6). Este saludo del Apocalipsis introduce nuestra misa crismal, la celebramos en medio de las restricciones impuestas por la pandemia: presencialmente estamos los sacerdotes que hoy vamos a renovar nuestras promesas, los diáconos, religiosas y seminaristas. Nos acompañan representando a todo el pueblo fiel representantes de los secretariados diocesanos y movimientos de apostolado, y el coro de la parroquia Catedral. Nos siguen a través de los medios digitales fieles de nuestras parroquias que se unen a esta acción de gracias. "Estamos atribulados, pero no doblegados" (2Cor 4,8). Tenemos la fortaleza en Jesucristo que nos amó y nos purificó de nuestros pecados, por medio de su sangre, e hizo de nosotros un Reino sacerdotal para Dios, su Padre. ¡A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén.

La diócesis de la Guaira hoy celebra la eucaristía para agradecer a Dios su presencia entre nosotros. Queremos agradecer por los 50 años de creación de la diócesis, por los tantos beneficios recibidos y por todos los sacerdotes, diáconos, religiosas y laicos. "El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres" (Sal 126). "Todo tiene su tiempo… Tiempo para sembrar y tiempo para cosechar" (Ecl 3,1-2). El 19 de marzo de 1970 la santa Madre Teresa de Calcuta fundó la casa de las Misioneras de la Caridad en Catia La Mar. Un mes después el Papa san Pablo VI creó la diócesis de La Guaira. No es coincidencia sino providencia: nuestra diócesis nació bajo el signo de la Caridad y bajo el impulso de la

renovación pastoral del Papa Pablo VI después del Concilio Vaticano II. Estos dos santos iluminaron el nacimiento de la diócesis.

Hoy agradecemos por los 50 años de profesión religiosa de la hermana Carmen Ramona González, en la congregación de las hermanitas de los pobres de Maiquetía y los 25 años de ordenación sacerdotal de nuestro Vicario de Pastoral, Padre Alberto Castillo. También las hermanas Carmen Fuentes y la hermana Teresita celebran sus 25 años de profesión religiosa. En ellos y con ellos celebramos la fidelidad cotidiana de sacerdotes, diáconos, religiosas y ministros de la Palabra y de la Caridad.

El santo crisma que vamos a consagrar nos servirá para ungir a los nuevos bautizados y sellas a los confirmados. Con el óleo de los catecúmenos, podremos preparar y disponer al bautismo, para que tengamos la fuerza de renunciar al pecado, y nos acerquemos a la fuente de la vida. Con el óleo de los enfermos, podremos llevarles alivio en su enfermedad, remedio en sus dolencias de alma y cuerpo para soportar con fortaleza el mal y conseguir el perdón de los pecados.

Como en la sinagoga de Nazaret, también hoy se cumplen las palabras del profeta Isaías: “El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor; a consolar a todos los que están de duelo, a cambiar su abatimiento por un canto de alabanza” (Is 61, 1ss). Agradecemos a Dios por todos los presbíteros de nuestra diócesis: “ustedes serán llamados «Sacerdotes del Señor», se les dirá «Ministros de nuestro Dios.» Les retribuiré con fidelidad y estableceré en su favor una alianza eterna”. Queridos hermanos sacerdotes, por la imposición de las manos y la unción con el santo crisma, hemos recibido un don especial para servir a la comunidad. Hoy nuestra tarea junto a los diáconos y religiosas, y a los ministros y servidores laicos es consolar a los afligidos por esta pandemia, llevar la buena nueva de la salvación a los pobres, cambiar el abatimiento y la depresión por esperanza. Misioneros de la vida, de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Quiero agradecerles su servicio y testimonio en estos duros meses de la pandemia. Nos sentimos tristes, pero no derrotados. Los fieles necesitan de sus sacerdotes, pero también los sacerdotes necesitamos de ustedes. Puede ser que las puertas de los templos están cerradas, pero la Iglesia está abierta, operativa y presente en la vida y en los corazones de tanta gente. Hemos aprendido a usar más los medios digitales: las radios, las redes sociales y varias plataformas digitales para evangelizar. Hemos redescubierto la familia como la primera comunidad eclesial: iglesia doméstica. Estamos presentes en las comunidades más pobres a través de los distintos programas de Cáritas, sirviendo al Cristo llagado y herido. La Iglesia no ha cerrado ni cerrará nunca sus puertas, la iglesia no son los edificios ni los templos, la iglesia somos las personas, la comunidad de los seguidores de Jesús que hoy como en los primeros tiempos anuncia a Dios en las catatumbas de la sociedad, en las

esquinas y en las calles, en los nuevos foros virtuales donde el Evangelio resuena con mayor longitud de onda.

Este es también nuestro compromiso: no es justo hablar de reapertura, porque nunca hemos cerrado ni interrumpido la acción eclesial y pastoral. Pasamos sí, a una nueva fase pastoral, conscientes de la responsabilidad de cuidar a los fieles y cuidarnos a nosotros mismos, hemos de aprender a vivir y a convivir con la enfermedad. Seguiremos cumpliendo todas las medidas de bioseguridad porque estamos comprometidos con la seguridad de la vida y de toda vida.

Con el salmista repetimos: “Cantaré eternamente tu amor, Señor, porque el Señor nos ha ungido en el bautismo con óleo sagrado” (Sal 88). La fidelidad y el amor de Dios nos acompañan y nos renuevan en el compromiso por el evangelio. Como dijo Jesús: “Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír” (Lc 4,21). Se cumple en todos nosotros, si aceptamos el reto de ser portadores de esperanza, sembradores de Evangelio, testigos de la Caridad.

Al Todopoderoso, al Señor Dios, al que es, que era y que vendrá, al Alfa y la Omega, toda la gloria. El Cristo de la Salud interceda por la curación de la enfermedad. La Virgen María nos proteja con su manto y san Pedro, nuestro patrono, nos ayude a ser piedras vivas en la construcción del Reino.